

TAREA 3: QUÉ HACER CON UN ALUMNO QUE NO PARTICIPA EN CLASE

(Rubén Ribeiro Ferreira, Carlos Elías Martínez Amselem, Mikayel Avagyan y Eduardo Olivares López)

DEBATE GRUPAL:

Lo primero de todo sería quitar hierro al asunto de participar en clase, haciendo sentir al alumno que no pasa nada por equivocarse. También ayuda premiar la valentía de los alumnos que responden en clase delante del resto, arriesgándose a decir algo incorrecto. Después de una respuesta errónea, comentarios de refuerzo positivo pueden animar a los más callados a participar más. Así ven que la clase es un espacio seguro donde se admiten errores y no se juzgan. Incluso también se pueden ofrecer caramelos a los alumnos que responden, para que toda la clase vea que la respuesta siempre se premia, esté bien o mal. Es importante que la intensidad de los premios vaya disminuyendo con el tiempo para que los alumnos no se malacostumbren a responder por el premio en sí, si no que desarrollen el hábito poco a poco, partiendo de la agradable sensación de ser premiado por intervenir en clase y finalizando por que vean el beneficio real: se ayudan a sí mismos a aprender mejor y ayudan a sus compañeros también. De alguna manera, con estos comentarios y premios, se puede conseguir que el vergonzoso se sienta más cómodo y se abra por sí mismo, sin que el profesor lo exponga y lo fuerce a una situación potencialmente vergonzosa (algo que no se debe hacer en ningún caso).

Puede ser que el alumno no responda porque la pregunta sea muy grande, o muy difícil para él. Tal vez se pueda desdoblar una pregunta inicial en preguntas más pequeñas y fáciles de responder, para que así el alumno tenga la confianza de responderlas bien. Al ver que sus intervenciones en clase generan una respuesta positiva en el profesor, quizá se consiga que su comportamiento cambie y se acostumbre a responder, primero preguntas más simples, y con el tiempo, preguntas más complejas.

También se pueden organizar trabajos en grupo para que la persona se anime a participar en ese entorno más pequeño y amigable. Al ser un entorno que lo forman iguales en términos de conocimiento, la persona puede ser más participativa. Es clave que la persona callada se sienta cómoda, por lo que tiene sentido que a la hora de formar los grupos se la ponga trabajando con sus amigos más cercanos, o los que puedan despertar más emociones positivas en él para que así participe y que sienta que vale y que aporta.

De manera paralela, el profesor siempre puede tener conversaciones con profesores de otras asignaturas para ver si la persona en cuestión es igual de cortada con ellos o no. Si el comportamiento es independiente de la asignatura, no hay mucho que hacer, pero si la persona solo es vergonzosa en la asignatura que nos toca, podemos preguntar a los demás profesores qué hacen ellos para que esa persona se anime a participar, y copiar esas prácticas. Que la persona sea participativa en otras

asignaturas, pero no en la nuestra puede ser un claro indicador de que lo que tiene es pánico por desconocimiento. En este caso el profesor debería descubrir qué es lo que el alumno no entiende para ayudarlo a aprenderlo bien y que así gane la suficiente confianza como para intervenir en clase.

A diferencia del caso del alumno problemático, con este es más fácil tener una conversación al final de la clase en la que incitarle a reflexionar por qué no habla en público. Tal vez se pueda conseguir dar la suficiente confianza como para que se abra, y entre los dos buscar una manera de pasar ese obstáculo. En esa conversación privada se le podría animar a que se apoyara con sus amigos menos vergonzosos, para que le ayuden, dándole recursos que a ellos les puedan servir para no tener vergüenza a expresarse. Es crucial que la conversación que se tenga con el alumno no sea demasiado abrupta. Se puede empezar con un poco de small talk para generar algo de confianza, y lanzar preguntas del tipo: "¿qué te gusta hacer?". Mostrar interés por sus gustos y aspiraciones puede dar la suficiente confianza como para que empiece a abrirse más y ver que hablando en alto en clase están seguros.

Puede darse el caso extremo en el que el alumno se ponga a llorar cuando le preguntamos. Aquí es clave darle su espacio: se le puede dar permiso para ir al baño y echarse algo de agua en la cara, respirar, y volver a clase. Al volver, se le recibiría como si nada malo hubiera pasado, siguiendo la clase en un clima distendido, tal vez comentando alguna anécdota relativa a lo que se está estudiando.

PUESTA EN COMÚN EN CLASE:

Durante la discusión, se hizo hincapié en el hecho de organizar actividades grupales. Un compañero mencionaba la utilidad de crear grupos pequeños para crear un entorno amigable en clase, que favoreciera la participación en la pizarra más tarde. Tal vez el empleo de grupos grandes sea más cómodo para la persona callada porque así no se ve obligada a hablar demasiado. Otra idea sería hacer grupos más pequeños, donde haya más participación, pero que lo conformen amigos que tengan más confianza entre sí. Así el alumno callado pierde el miedo a ser juzgado. Tal vez el profesor pueda repartir funciones a cada miembro del grupo para asegurarse de que cada uno participa al menos un poco.

Además, se habló de dar charlas en tutorías sobre public speaking, cómo hacer presentaciones, etc. Yo lo considero muy útil, ya que es un soft skill muy valorado hoy en día por las empresas, y es aplicable a cualquier campo. Cuanto antes lo aprendan y dominen los niños, mejor. Este tipo de dinámicas, aunque incómodas, van a ayudar mucho a los más vergonzosos. Quizá pueda ser una medida abrupta que incomode demasiado a los niños más jóvenes, pero la considero especialmente útil de cara a preparar a los más mayores para el mundo real. A ellos ya les queda menos y el profesor tiene menos margen para suavizar al máximo su adaptación.

También se hizo referencia a un tema importante, que era el de seguir la clase con naturalidad tras el incidente del alumno callado. Es imprescindible que la pregunta se traslade con la mayor naturalidad posible para que el alumno no se sienta avergonzado o ridiculizado. El profesor también debería naturalizar en todo momento el desconocimiento. Con esta idea estuvo de acuerdo toda la clase. Ello es especialmente relevante a edades tempranas, cuando "hacer el ridículo" en público puede parecer un gran problema. Este tipo de incidentes pueden hacer que el alumno callado se vuelva más introvertido, y contra eso se puede luchar relacionando futuras preguntas con algún tema afín a esa persona, o algo que ella controle. Para ello, primero hay que conocer a la persona en cuestión, quizá a través de un cuestionario que se pase el primer día de clase donde el profesor conoce a nivel superficial a sus alumnos, o si no, en una tutoría privada, si el alumno tiene la confianza suficiente.

Por supuesto, en este tipo de casos no tienen sentido los castigos, ya que estos deberían ser empleados para temas de conducta peyorativa y perjudicial para el resto de la clase. La vergüenza no se elimina con castigos nunca. Sí que pueden emplearse, sin embargo, como medidas contra los alumnos que dificultan la participación en clase con comentarios negativos, o burlas por nimiedades como por ejemplo el acento o una simple respuesta incorrecta. Estos fomentan el autosabotaje de los más tímidos, que pueden llegar a crearse la idea de que "es mejor parecer vago que inútil". No obstante, estos castigos pueden tener un efecto rebote, ya que el alumno castigado puede interpretar el castigo como una humillación pública, y el callado puede quedar como el protegido, acabando por ser sujeto de aún más burlas y comentarios hirientes.

REFLEXIÓN PERSONAL

Personalmente, me gustaría volver a recalcar lo importante que es hoy en día saber hablar en público, y por eso, como docentes, tenemos el deber de preparar lo mejor posible a nuestros alumnos para ello. Yo pienso, que la clave está en integrar esa habilidad de la manera menos dolorosa posible en los alumnos más callados; y eso significa que la integración sea lo más gradual posible. Empezar tanteando la capacidad de intervención en público de nuestros alumnos con actividades grupales es un acierto, ya que en este tipo de actividades los más callados no tienen la presión del profesor que observa. Simplemente están conversando con sus compañeros - de igual a igual. Esto me lleva a la siguiente reflexión: el profesor haría bien en intentar ponerse a la altura de los alumnos. Debe hacer lo posible por que no se le vea como alguien superior. Esto se consigue tolerando los errores y normalizándolos, o incluso cometiendo errores uno mismo de vez en cuando (siempre y cuando no supongan trabas para el aprendizaje), para que los alumnos vean que es un humano igual que ellos. Premiar la participación en público de manera gradual descendente; o preguntar preguntas más simples o fáciles a los más vergonzosos, para que acierten y vayan ganando confianza siempre aportarán positivamente al objetivo que buscamos conseguir. Con estas prácticas conseguiremos minimizar potenciales situaciones traumáticas como la del alumno que llora. Si aun así se siguen dando, el problema se vuelve tan grande como nosotros lo hagamos. Por ello, animar al alumno que llora a salir unos minutos a despejarse; trasladar la pregunta con naturalidad; y luego recibirle como si nada hubiera pasado y con un ambiente amigable y distendido, es una muy buena solución.